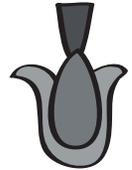


Por Puro Gusto Lexicográfico

Un Acercamiento a la Labor de Joaquín García Icazbalceta
en el Vocabulario de Mexicanismos

Valeria Guzmán Pérez
Universidad Nacional Autónoma de México



Elotl, (mazorca) Náhuatl



Foto 1

¿Qué hay detrás de un diccionario?, me pregunto, mientras leo unas cuantas entradas en el Vocabulario de Mexicanismos. Detrás, sin duda, hay titanes que pueden sostener uno de los pilares del mundo de la lengua: el léxico.

A Luz Fernández Gordillo, en agradecimiento por las largas conversaciones sobre un trabajo que nos conmueve.

Un diccionario es más que un “libro en el que se recogen y explican de forma ordenada voces de una o más lenguas, de una ciencia o de una materia determinada” (22DRAE 2001). Al menos prevalece en mí esa certeza después de revisar el Vocabulario de Mexicanismos.

Todos los usuarios de una lengua realizamos abstracciones del mundo y estamos facultados, de algún modo, para definir. Quizá por ello el diccionario se proyecta, la mayor parte del tiempo, como una fuente de consulta para las palabras desconocidas o curiosas y nada más que eso.

Pero, ¿qué es un diccionario más allá de su propia definición? Es la memoria, la construcción de imaginarios, los susurros culturales de una sociedad que sólo la pluma acuciosa y la fina capacidad de abstracción immortalizan para un posterior estudio de la lengua. Es el resultado de horas y horas de análisis, disciplina, ardua documentación, rigurosidad metódica, erudición bibliográfica y cierta tendencia obsesivo-compulsiva. Es el arduo proceso de recoger palabras: “estudiarlas, clasificarlas, relacionarlas y hacer listas alfabéticas, temáticas, gramaticales, etimológicas, históricas, multilingües, dialectales” (Zaid, 1999:1). Es un testamento léxico. También esto que no se dice en las definiciones es un diccionario, o, ¿acaso debería serlo principalmente?,

lanzo la cuestión al aire.

¿Qué hay detrás de un diccionario?, me pregunto, mientras leo unas cuantas entradas en el Vocabulario de Mexicanismos. Detrás, sin duda, hay titanes que pueden sostener uno de los pilares del mundo de la lengua: el léxico. Quizá existan diccionarios que no pasen de ser meros catálogos ordenados de entradas (macroestructura), seguidas de la correspondiente información sobre ellas (microestructura) que bien puede proceder de cualquier otro diccionario, ya que, en nuestra tradición lexicográfica, trasladar información de un lado a otro es válido. Sin embargo, éste no es el caso de la obra de Joaquín, cuya labor es meticulosa y propositiva. “Detrás de cada frase de García Icazbalceta había un ensayo, una biografía, un opúsculo, una documentación puntual” (Krauze, 2005: 227).

El Vocabulario publicado de manera póstuma en 1899 por Luis García Pimentel, hijo de García Icazbalceta, representa un legado lexicográfico fundamental no sólo para México, sino también para América puesto que, al incluir algunas entradas como acolitar, pone en debate la utilización de vocablos que la Academia proscribe pero que en América Latina son vitales, expresivos e incluso indispensables. Esta obra, que deja inconclusa a causa de su muerte, constituye un hito cronológico en la lexicografía mexicana, debido a su sistematicidad en cuanto a método y documentación, porque el cometido de bibliógrafo del autor lo llevó a reunir gran cantidad y variedad de documentos durante toda su vida.

El propio García Icazbalceta estaba consciente de que no terminaría su obra; así lo manifiesta en una carta enviada a Fernández Duro:

mato ahora el tiempo en ordenar materiales para un vocabulario hispanomexicano (...) He empezado a imprimir las letras A-D, unos mil quinientos artículos que están concluidos (...) si puedo, seguiré

con las demás letras, que lo dudo. Pocas esperanzas tengo de la labor del lexicógrafo de llegar al fin del alfabeto (Fernández Duro, 1895:91)

No obstante, logró avanzar hasta la letra G. El vocabulario inicia en abadejo, finaliza en gusto e incluye 2227 vocablos. Posteriormente, Francisco Javier Santamaría como homenaje a Icazbalceta incorporó todo el Vocabulario de Mexicanismos y lo complementó en su Diccionario de Mexicanismos¹ publicado en 1942.

En cuanto a su tipología, el Vocabulario manifiesta rasgos enciclopédicos. Icazbalceta emplea un método (que él llamaba método de Baralt) que es congruente con sus propias reflexiones acerca de los diccionarios, las cuales aparecen en el estudio sobre “Provincialismos mexicanos”², incluido como prólogo, acertadamente, por su hijo.

De los dos métodos adoptados para formar los Diccionarios de provincialismos, parece preferible el que no se ciñe a la forma rigurosa de Diccionario. Permite explicaciones y observaciones que no caben en la estrechez de una pura definición, y aun reminiscencias o anécdotas que contribuyen grandemente al conocimiento del origen, vicisitudes y significado de las voces: se presta asimismo a dar cierta amenidad relativa a un trabajo árido de suyo, con lo cual se logra mayor número de lectores, y es mayor el beneficio común. (García Icazbalceta, 1899: 8)

Si la lectura de los diccionarios es árida per se, elaborarlos lo es aún más. Allí incrementan su valor las obras con rasgos enciclopédicos y con reflexiones lingüísticas, como la que realiza Joaquín,

¹ Obra que pese a ser extenuante, fuertemente ideológica, reiterativa y algo desorganizada es la más vasta, en cuanto a número de entradas, y la fuente documental más sobresaliente sobre mexicanismos en la actualidad.

² Artículo publicado en el tercer tomo de las Memorias de la Academia Mexicana en 1886.

porque no sólo enriquece la lengua y da razón de la labor lexicográfica, sino que vuelve agradable su lectura. Esos matices que, por cuestiones de tiempo, de espacio y, ¿por qué no decirlo?, de una “sistematicidad” (que es todavía muy cuestionable) se eliminan hoy en día, vuelven al Vocabulario no sólo un conjunto de páginas para la consulta de dudas eventuales, sino que lo convierten un testamento léxico para la comunidad lingüística mexicana, siendo una obra de cultura y un acervo perdurable de la misma a través de los vocablos que incluye, tan atravesados por colores, olores y formas que, en ocasiones, parecen una postal. No es lo mismo leer la definición de chichicuilote en la vigésimo segunda edición del Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española:

chichicuilote.

1. m. Méx. Ave limícola, semejante al zarapito, pero más pequeña, y de color gris, pico largo y delgado. Es comestible y se domestica con facilidad. (22DRAE 2001)

Que leerla en el Vocabulario de Mexicanismos:

Chichicuilote. (Del mex. tzitzicuilotl o atzitzicuilotl. HERN.). m. Aves acuática que habita en las aguas poco profundas de las lagunas. Es de color gris claro en el vientre, y más oscuro en el lomo; zancuda, elegante y de pico largo y delgado. Se consume gran cantidad de ellas, aunque su carne es grasosa y huele algo a marisco. Otras muchas se traen vivas a la ciudad para diversión de los niños, quienes las enseñan a tirar de pequeños y ligeros carrujitos de papel. Durante su vida en las casas, que es corta, cazan con gran destreza las moscas de que se alimentan.

«La araña y el chichicuilote» (PENSADOR, Fáb. 18, título). (García Icazbalceta, 1899:148)

La selección de vocablos contempla mexicanismos que proceden, tanto de lenguas indígenas, como del español de México y los pone en contraste con los usos en el resto de América. Si leemos china, hallamos contrastes, semejanzas y finalmente un cuestionamiento:

China. f. Encontramos esta palabra en diversos países hispanoamericanos, aplicada siempre a cierta clase de mujeres, que no es la misma en todas partes. En Bogotá le da Cuervo (§ 561) el equivalente de «chica, muchacha, rapaza», y añade (p. 530) que viene del quichua china, hembra de cualquier animal, criada, moza de servicio, y que no tiene masculino. (Acá tampoco). Granada (p. 194) confirma el origen quichua de la voz, y cita autoridades para comprobarle. Allí significa «la india ó mestiza que vive entre las familias del país, ocupándose regularmente en servicios domésticos». Cita a Palma como autoridad de que la voz se usa asimismo en el Perú; mas Arona no la trae. En el Ecuador significa «criada, doméstica, sirvienta» (CEVALLOS, p. 53), en Cuba es término de cariño entre mujeres (PICHARDO, página 122; MACÍAS, p. 437; ARMAS, p. 72), y en Costa Rica simplemente niñera (FERRAZ, p. 50). Lo mismo en Guatemala (BATRES, p. 215). Por Rodríguez (p. 162) sabemos que en Chile chino es el plebeyo, y que la terminación femenina, que es más usada, suele tomarse en mala parte. Confirma el origen quichua; mas si éste es cierto ¿cómo llegó hasta acá la voz? (García Icazbalceta, 1899:151)

El Vocabulario de Mexicanismos guarda congruencia con la postura de García Icazbalceta acerca de los aportes que genera América para el español y avala la propuesta de incluir voces usadas y ampliamente extendidas en este territorio. Porque los

mexicanismos o americanismos, no sólo constituyen vocablos procedentes de voces indígenas, sino igualmente del español que evolucionó a través de la inventiva americana.

Ahora, podemos revisar la vigésima segunda edición del Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española y nos encontrarnos con acolitar, presupuestar y presupuesto, acometer, atacar, extorsionar, exentar, sepultar, expulsar, injertar, vocablos para los cuales el autor reclamó un lugar.

Con respecto a las fuentes, todas son de procedencia escrita. El Vocabulario incluye, por citar algunos autores (que obviamente no representan ni un mínimo porcentaje de todas las fuentes referidas), textos literarios de: Guillermo Prieto, Juan Bautista Morales, Manuel Payno, José Tomás Cuellar (Facundo); textos históricos: fray Bernardino de Sahagún, Bernal Díaz del Castillo; textos lexicográficos: José Cuervo, Fermín Cevallos, Esteban Pichardo, textos periódicos: Gaceta de México, Diario de México. Además de documentos que existen en forma de cartas, relaciones, pareceres, memoriales, Libros de Actas del Ayuntamiento de México (desde 1524).

Cabe recalcar el interés de Joaquín por evidenciar el habla, aunque fuera mediante documentos, ya que no había un registro como tal y la propuesta que hace para recopilar dichas expresiones.

En todo caso, como el lenguaje hablado no se halla en libros graves y con pretensiones de eruditos, a otros recursos hay que apelar.

Nada se ha hecho todavía entre nosotros para colegir el folk-lore, como ahora se llama a la sabiduría popular, es decir, la expresión de los sentimientos del pueblo en forma de leyendas o cuentos, y particularmente en coplas o cantarcillos anónimos, llenos a veces de gracia y a menudo notables por

la exactitud o profundidad del pensamiento. Una colección de esta clase sería inestimable para nuestro libro: no habiéndola, hemos de ocurrir a la novela, y a las poesías llamadas populares, aunque de autores conocidos y no salidos del pueblo. (García Icazbalceta, 1899: 9)

Como puede observarse en la microestructura de chichicuilote expuesta anteriormente, se muestra la etimología, la categoría gramatical, una o varias acepciones, dependiendo de la entrada, y ejemplos. Esto es variable puesto que el autor procura conservar el esquema, no obstante, no lo cumple rigurosamente para todas las entradas. La macroestructura se organiza en orden alfabético a partir de lexemas simples y asimismo se muestran subentradas, locuciones y refranes.

En fin, aunque el Vocabulario no sea el mejor ejemplo lexicográfico de un quehacer sistemático riguroso, dentro de los cánones que intentan normalizar actualmente la construcción del artículo de diccionario, sí es el ejemplo más preclaro de una vida entregada a la labor lexicográfica, a un trabajo, para ese entonces, todavía artesanal que juntaba documentos para armar rompecabezas, que reflexionaba con entera conciencia sobre la lengua, de manera detallada y muy detenida.

Decía cierto personaje, de cuyo nombre no logro acordarme, que “a los delincuentes no había que mandarlos a las cárceles sino ponerlos a redactar diccionarios”. No es un castigo, me parece, para quienes disfrutaban tanto de leer como de hacer diccionarios. En esta abnegación por la palabra en su inmanencia, todo esfuerzo alcanza sus recompensas. En medio de la aridez, uno halla un ojo de agua con definiciones como la de chichicuilote, chiflar y apeñuscarse o pasa una semana con la idea de haberse encontrado con una revelación en chipil,

cuando lee a García Icazbalceta.

La sosegada labor del lexicógrafo será apreciada sólo por otros igual de compulsivos y su nombre no se recordará como el de un gran escritor pese a que, en el fondo, no desdiga de ello.

Este ensayo no se trataba de someter el Vocabulario a teorías para la lectura de obras lexicográficas sino de reivindicar la labor de García Icazbalceta en cuanto a los mexicanismos y americanismos. Él deja su mayor legado a la lexicografía mexicana a partir de la singularidad de sus parámetros. Por eso, no basta con que se urda secretamente dentro del Diccionario de Santamaría, es fundamental tomarlo como un objeto de estudio lingüístico en sí mismo para que se desborde, como debe, con toda su potencia.

Bibliografía

García Icazbalceta, Joaquín (1942) Opúsculos y biografías. México: UNAM.

(1899) Vocabulario de mexicanismos: comprobado con ejemplos y comparado con los de otros países hispano-americanos: propónense además algunas adiciones y enmiendas a la última edición (12a) del diccionario de la Academia. México: La Europea.

Krauze, Enrique (2005) La presencia del pasado. México: Tusquets editores.

Santamaría, Francisco Javier (2005) Diccionario de mejicanismos: razonado, comprobado con citas de

autoridades, comparado con el de americanismos y con los vocabularios provinciales de los más distinguidos diccionaristas hispanoamericanos. México: Porrúa.

Fernández Duro, Cesáreo (1895) Necrología: El Excmo Sr. D. Joaquín García de Icazbalceta. Disponible en:

http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/90904473989660611300479/p0000001.htm#l_0_, consultada el 16 de agosto de 2010.

Zaid, Gabriel (1999) Pepenadores de mexicanismos. Disponible en:

<http://www.letraslibres.com/index.php?art=5792>, consultada el 30 de agosto de 2010.

Foto 1: <http://sp.depositphotos.com>